

los grandes libros de Maravall y sus orientaciones historiológicas conviene tener en cuenta los años parisinos.

Primer fruto de aquellos años fue su libro *El concepto de España en la Edad Media* (1954), al que dediqué una recensión, pareja a la suya sobre un libro mío coetáneo, *El rapto de Europa*. Al año siguiente ganaría Maravall por oposición la cátedra de «Historia del Pensamiento Político y Social de España», en la Facultad de Ciencias Políticas y Económicas de la Universidad de Madrid, donde yo era catedrático de «Historia de las Ideas y Formas Políticas». No poco hablamos antes y después de las oposiciones de cómo conseguir el mejor deslinde y equilibrio entre las dos asignaturas. Pocos teóricos políticos españoles consiguen colocarse en los tratados de historia o en las antologías de carácter universal, especialmente a partir de la secularización del pensamiento político. Algunos roces y disputas, privadas o públicas, se produjeron de vez en cuando entre los dos amigos, que apenas las habían tenido antes de convertirse oficialmente en una especie de pareja, a lo Cástor y Pólux, dentro de la universidad española.



Con Luis Díez del Corral

Maravall acertó pronto a cultivar un campo propio, con fronteras fluidas y métodos innovadores, que fueron dando preferencia a lo social sobre lo político, y a las formas más o menos colectivas de pensamiento sobre las ideas-ocurrencias con expresión orteguiana. En los primeros libros de Maravall predominaron enfoques jurídicos, políticos y sociales, que en nuestro país habían sido cultivados por la escuela que fundó Eduardo Hinojosa y siguió Sánchez Albornoz. Más tarde acertaron a relucir en los libros de Maravall enfoques más literarios y estéticos, siempre sobre base social. Sin tales enfoques, que fueron madurando a lo largo de los años con el fervor de una afición personal que apuntó muy tempranamente, y como ya hemos señalado, no se explica el dominio de Maravall sobre figuras claves de nuestra cultura, como son *La Celestina*, Velázquez y Cervantes, ni la autoridad universalmente reconocida a nuestro autor en lo que se refiere a la gran época del Barroco.

Pero lo que me incumbe, en el reparto de funciones dentro de este acto, es traer a colación recuerdos personales de Maravall. No quiero olvidar su gusto por las actividades culturales dentro de grupos reducidos, como el que reunía doña Mercedes Gaibros de Ballesteros en su piso de bibliotecaria de la Academia de la Historia. Allí se mezclaban miembros destacados de la corporación con noveles historiadores, diplomáticos y personajes notables de paso por Madrid: *El correo erudito* se cocinaba en tales reuniones. No quiero olvidar tampoco otra «cocina» intelectual: la del Consejo Asesor de la *Revista de Occidente* en su segundo período, por iniciativa y bajo la dirección de José Ortega Spottorno y con Paulino Garagorri como secretario. Creo que es una época de la revista demasiado olvidada, y a la que no escatimó ocurrencias y colaboraciones José Antonio Maravall. Junto a estas actividades preciso es recordar la generosa apertura de Maravall hacia la juventud, en el trato directo y personal en la clase o en los seminarios, bien conjuntos o particulares. Durante algún tiempo los dimos al alimón, y los colaboradores de nuestras cátedras resultaban intercambiables. Buena prueba de ello la encontramos en la persona que os va a hablar a continuación. (M.<sup>a</sup> Carmen Iglesias).

La amistad con José Antonio vino a cobrar una calidad especial a partir de un aciago día, hace treinta años, en la universidad de verano de Santander. Rafael Lapesa habló con ocasión del fallecimiento de nuestro amigo del temple con que se enfrentó a la enfermedad y del carácter heroico de su vida. En verdad que fue así. El caso de José Antonio fue realmente extraordinario, porque acertó a sublimar, gracias en tan gran medida a M.<sup>a</sup> Teresa, su heroísmo vital en obras como la *Literatura picaresca desde la historia social*, que implica un empeño verdaderamente feroz. Pero su rostro no dejó de expresar bondad y simpatía. Pocas veces, con más placidez que en nuestro último encuentro, almorzando en casa con algunos viejos amigos tres días antes del de su fallecimiento.

**Luis Díez del Corral**



Con María Teresa en Santander. 1956